

RARAHU

«E hari te fau
E toro te faaro
E nau te taara.»

*La palmera crecerá,
El coral se propagará,
Pero el hombre perecerá.*

(VIEJO REFRÁN DE LA POLINESIA)

PRIMERA PARTE

I

POR PLUMKETT, AMIGO DE LOTI

Loti fué bautizado el 25 de enero de 1872, á la edad de veintidós años y once días. Cuando esto sucedía, era poco más ó menos la una de la tarde en París y en Londres, y, poco más ó menos también, las doce de la noche en el otro hemisferio, en donde se hallan los jardines de la reina Pomaré, testigos del acto á que nos referimos.

En Europa era un frío y desolador día de invierno, en tanto que en el jardín de la reina Pomaré se sentía la calma, la enervación de una noche sofocante de verano.

Cinco personas asistieron al bautizo de Loti, en aquel lugar rodeado de mimosas y de naranjos, que exhalaban una fragancia exquisita, mucho más agradable aun bajo un cielo constelado de estrellas meridionales.

Las cinco personas que componían la reunión, eran: Ariitáa, princesa de sangre real; Faimana y Teria, damas de honor de la reina, y Plumkett y Loti, guardias marinas de la armada de S. M. Británica.

Loti, que hasta aquel día se había llamado Enrique Grant, conservó este nombre, tanto en el registro civil como en la marina real, aunque sus amigos le llamaron en adelante Loti.

La ceremonia del bautismo fué muy sencilla, concluyendo sin largos discursos ni gran aparato.

Las tres tahitianas estaban coronadas de flores naturales y vestidas con largas túnicas de muselina de color de rosa. Después de haber ensayado inútilmente pronunciar los nombres *bárbaros* (Enrique Grant y Plumkett), que se resistían á sus *maoris* gargantas, decidieron llamarles por los de *Rémuna* y *Loti*, que son dos nombres de flores en lengua tahitiana.

Toda la Corte supo al día siguiente el acuerdo tomado de cambiar dichos nombres, y de este modo desaparecieron del mapa oceánico

los de *Enrique Grant* y *Plumkett*, su amigo.

Se convino además en que las primeras notas de la canción indígena: *Loti taimane*, etc., cantada discretamente por la noche en los alrededores de palacio, significarian: «Rémuna está ahí, ó Loti, ó los dos juntos, y suplican á sus amigas que acudan á su llamamiento, abriendo sin ruido la puerta de los jardines.»

.....

II

NOTA BIOGRÁFICA DE RARAHU DEBIDA Á LA MEMORIA DE PLUMKETT

Rarahu nació en el mes de enero de 1858, en la isla de Bora-Bora, situada á los 16° de latitud meridional y 154° de longitud Oeste. En la época en que se hizo esta reseña biográfica, acababa de cumplir catorce años. Era una jovencita muy singular, cuyo encanto y cuya belleza, aunque salvajes, excedían á todas las reglas convencionales admitidas en Europa para juzgar uno y otra.

Siendo aún muy pequeñita, la había embarcado su madre en una estrecha y larga piragua cubierta, que se dirigía á Tahiti, por lo cual Rarahu no conservó en adelante otro re-

cuerto de su país, que el de una colosal montaña, terror de sus habitantes, que amenazaba derrumbarse arrasándolo todo. La figura de aquella inmensa mole que parecía una monstruosa separación del Pacífico con el resto de la tierra, era la única imagen de la patria que conservaba en su memoria. La vió dibujada en el álbum de Loti, y la reconoció enseguida con sin igual alegría; esta fué la piedra fundamental del intenso amor que profesara más tarde á Loti.

III

La madre de Rarahu la había llevado á la extensa isla de la Reina, á Tahiti, para ofrecerla á una mujer anciana del distrito de Apiré, que era, aunque muy lejana, parienta suya. Obedecía con esto á una costumbre antigua de la raza maori, que consistía en prohibir á los hijos la permanencia al lado de su verdadera madre. Madres y padres adoptivos (*faa amu*) son los que allí crían y educan á los niños. Estas ideas tan extrañas, este tradicional cambio de los hijos, constituye una de las costumbres más arraigadas y características de los polinesianos.

IV

ENRIQUE GRANT (LOTI ANTES DE SER BAUTIZADO)
Á SU HERMANA, EN BRIGHTBURY, CONDADO DE
YORKSHIRE.—INGLATERRA.

Rada de Tahiti 20 de enero de 1872.

«Mi querida hermana:

»Heme aquí á la vista de esta lejana isla, que tanto amaba nuestro hermano; lugar misterioso que fué largo tiempo el ensueño de mi infancia. El extraño deseo de mi niñez de venir á este país, con el cual soñaba, no creo que haya contribuído á inclinarme á ser marino, oficio que ya me fatiga y aburre.

»Los años han pasado, convirtiéndome de muchacho en hombre. He dado una vuelta alrededor del mundo, y me encuentro, como te digo, á la vista de esta famosa isla, en donde no he encontrado más que tristeza y desencanto.

»Sin embargo, desde aquí veo á Papeete, al propio Papeete, y veo también el palacio de la Reina, á lo lejos, á la sombra de un verdoso bosque, lugar de gigantes palmeras y elevadas montañas que forman extensos y pintores-

cos panoramas. Todo esto era ya conocido por mí desde hace diez años, desde cuando lo veía dibujado en el papel, amarillo por el mar, que nos enviaba nuestro hermano Jorge, muerto para nosotros... Es exactamente el mismo rincón del mundo que nos pintaba y describía con tanto entusiasmo aquel hermano querido. Lo que echo de menos ahora son las fantásticas ilusiones de mi niñez, que se han evaporado como el humo al tocar la realidad de este país, que es, ni más ni menos, lo mismo que otro cualquiera, encontrándome en él, con corta diferencia, como en Brightbury, en Londres ó en otro punto de Europa. Hasta llego á figurarme algunas veces que no me cambiado de lugar...

»Para conservar intactas mis ilusiones y seguir siendo dichoso con ellas, debía no haber tocado nunca en este país.

»Luego, los que me rodean me desilusionan más aun, pintándome á su manera á Tahiti. Son gentes de esas que arrastran por todas partes su trivialidad, manchando con su baba, —emponzoñada por la burla, el desprecio y la indiferencia, hijos de su propia ineptitud,— toda poesía.

»La civilización ha invadido esto demasiado pronto; nuestra estúpida civilización colonial; con nuestras mismas convenciones, costumbres y vicios, desterrando de aquí la salvaje

poesía, con las costumbres y las tradiciones del pasado

»Tanto es así, que desde hace tres días que el *Rendeer* ancló en este puerto, tu hermano Enrique permanece bajo la impresión del desencanto y con el corazón oprimido.....

»John no piensa como yo, y creo que en efecto, le agrada mucho este país, que le ha encantado ya, á juzgar por la vida que lleva y norma de conducta que sigue. Desde nuestra llegada á ésta, casi no le he visto.

»Por lo demás, es siempre el mismo amigo sincero, el mismo tierno hermano, que vela por mí como si fuera el ángel de mi guarda; yo le correspondo, porque le quiero de todo corazón...

V

Rarahu era una criaturita que no se parecía á ninguna otra, por más que fuese el tipo completo de esa raza *maori*, que puebla los archipiélagos de la Polinesia y que pasa por ser una de las más bellas del mundo; raza distinta y misteriosa, cuyo origen es desconocido.

Los ojos de Rarahu eran de un negro ber-

mejo, llenos de exótica languidez y de cariñosa dulzura, como los de los gatitos jóvenes cuando se les acaricia; las pestañas, tan largas y tan negras, que se las hubiera creído plumas pintadas. La nariz, corta y fina, parecida á las de ciertos tipos árabes; la boca un poco más grande, un poco más hendida que la de los tipos clásicos, resultaba de admirable conjunto y delicioso contorno.

Cuando reía, enseñaba dientes un poco largos, blancos como el esmalte blanco, dientes que los años no habían tenido aún tiempo de desgastar, y que conservaban todavía las ligeras estrías de la infancia. Sus cabellos, perfumados con sándalo, eran largos é indómitos, aunque un poco ásperos, y caían en grandes guedejas sobre sus redondos y desnudos hombros. Un mismo color leonado, tirando al color rojo del ladrillo, el color rojo de esas tierras cocidas y claras de la vieja Etruria, cubría todo su cuerpo, desde lo alto de la frente hasta la punta de los pies.

Rarahu era de corta estatura, pero admirablemente formada, maravillosamente proporcionada; su pecho era puro y bruñido, y los brazos de una perfección antigua.

Brazaletes azules, figurados con picaduras practicadas en la piel, circundaban sus tobillos. En el labio inferior se notaban tres ligeras líneas azules, y picaduras, de un azul más

pálido que las de los tobillos, formaban una diadema en la frente. Lo que sobre todo caracterizaba en ella la raza á que pertenecía, eran los ojos; ojos saltones, como todos los ojos *maoris*. En los momentos en que se mostraba risueña ó alegre, daban sus ojos una refinada malicia de *ouistiti* (1), á su infantil fisonomía; pero cuando estaba seria, ó triste, había en ella un no sé qué, definible tan sólo por estas palabras: una gracia polinesiana.

VI

La corte de la reina Pomaré daba una recepción el mismo día en que pisé por primera vez el suelo tahitiano: el almirante inglés del *Rendez-deer*, se apresuró á hacer su visita de llegada á la Soberana, á quien ya conocía de antiguo, y yo fuí, en traje de gala, á acompañar al almirante.

Todo estaba desierto y tranquilo en las sombrías alamedas y bosques, cuya reunión forma Papeete, la ciudad de la reina, no siendo los alrededores de la real morada los menos solitarios y sombríos. Las chozas de junco disemi-

(1) Mono muy pequeño, cuya especie abunda en América.
—(N. del T.)

nadas por los jardines de Pepeete, bajo los grandes árboles y las frondosas plantas tropicales, parecían habitaciones de seres entregados en cuerpo y alma á la molicie y á la voluptuosidad. El calor era horrible, á pesar de que el espeso follaje que nos cubría, suavizaba en parte los rigores del sol, tan abrasador en aquellas regiones á las dos de la tarde.

Uno de los hijos de la reina, especie de gigante de piel atezada, salió á nuestro encuentro, rigurosamente vestido de negro, y nos condujo á un salón en el cual se encontraban sentadas una docena de mujeres, inmóviles y silenciosas...

En medio de aquel salón se veían dos anchos sillones dorados, uno de los cuales estaba ocupado por la reina Pomaré, quien se dignó invitar al almirante á que se sentara en el otro, mientras que un intérprete traducía los cumplidos oficiales entre los dos antiguos amigos.

Aquella reina, cuyo nombre fué siempre unido á los dorados ensueños de mi infancia, estaba vestida con una túnica de seda de color de rosa, que contrastaba con el cobrizo color de su piel, y con su vejez. A pesar de esto, su continente era imperioso y altivo, y dejaba adivinar aún, cuales habían sido los atractivos físicos que tanto admiraron los marinos de otros tiempos.

Las damas de honor, aparecían en medio de aquel salón sombrío como figuras mitológicas, de una hermosura indefinible, pero con la belleza tahitiana: ojos negros, rasgados, lánguidos y llenos de voluptuosidad. Los cabellos, tendidos y adornados con flores naturales, y las largas túnicas de gasa que vestían, daban mayor encanto á su hermosura.

De todas las personas allí reunidas, la princesa Ariitêa fué la que llamó más mi atención, tanto por su elegancia y gallardía como por la embriagadora hermosura de que naturaleza la había dotado...

VII

Cuando terminaron los cumplidos entre la Reina y el Almirante, éste le dijo:

—Tengo el honor de presentar á V. M. á Mr. Enrique Grant, hermano de Jorge Grant, oficial de la Marina inglesa, que vivió durante cuatro años en vuestro hermoso país.

Apenas había acabado el intérprete de traducir estas frases, cuando ya la Reina me había tendido la mano con sonrisa que no tenía nada de oficial.

—¿Sois el hermano de *Roueri*?—me preguntó pronunciando el nombre de mi hermano en lengua tahitiana.—Os suplico que volvais á

verme—y añadió en inglés: — «*Welcome!*»
(¡Bien venido seais!)

—«¡Bien venido seais!»—dijo, también en inglés, la reina de Bora-Bora, tendiéndome la mano y mostrando canibales dientes al sonreírse.

Salí de allí admirado de tan extraña Corte...

VIII

Rarahu no había abandonado apenas desde su infancia la casa de su anciana madre adoptiva, situada en el distrito de Apiré, á orillas del lago Fataoua.

Sus ocupaciones eran muy sencillas: dar rienda suelta á sus pensamientos, bañarse (el baño sobre todo), acariciar y cuidar su gato, cantar y pasearse por entre los bosques, acompañada de su inseparable amiguita Tiahoui.

Rarahu y Tiahoui, eran dos inseparables y sonrientes criaturas, que vivían casi enteramente dentro del agua, en donde saltaban y nadaban como dos peces voladores.

IX

No se crea por esto que Rarahu no fuese instruída ni que careciera de cierta erudición.

Sabía leer en la Biblia tahitiana y escribir con gruesos caracteres, bastante correctos, las melodiosas frases de la lengua *maorí*. Estaba además muy fuerte en la ortografía convencional, arreglada por los hermanos Picpus. Estos hermanos habían formado con caracteres latinos un vocabulario polinesiano.

Muchas aldeanas jóvenes de nuestra Europa, están menos instruídas que aquella salvaje niña. Pero su instrucción, adquirida en el colegio de los misioneros de Papeete, fué más bien debida á su natural talento que á los estudios, pues era la pereza y la dejadez personificadas.

X

Tomando á la derecha de aquellas malezas y caminando como cosa de media hora en dirección de Apiré, se encuentra un extenso y largo estanque natural, abierto en la roca viva. Dentro de este estanque se precipitan en forma de cascada las aguas del arroyo de Fataoua, aguas cristalinas y frías como la nieve.

Allí se veían todos los días, tendidas sobre la hierba, multitud de hermosas jóvenes de Papeete, que pasaban los días de aquellos calores tropicales, hablando, cantando, durmiendo, ó nadando y sumergiéndose en el agua

como dorados y ágiles peces. Se bañaban con túnicas de muselina, que conservaban luego para dormir en la hierba á la salida del baño, como en la antigüedad hacían las náyades.

Numerosos marinos llegaban allí con frecuencia á buscar su fortuna bajo la forma de madre selvas y de corales.

Imperaba en aquella reunión de jóvenes tahitianas, la negra Tetouara, y, entre todas, consumían á la sombra de los bosques, multitud de naranjas y de guayabas.

Tetouara pertenecía á la raza de los Kanaques, negros de la Melanesia. Un navío con rumbo á Europa la dejó en Papeete, en donde hacía el mismo efecto que pudiera haber hecho un individuo del Congo abandonado entre *misses* inglesas.

Tetouara, con su inextinguible buen humor, exagerada alegría y desvergüenza sin igual, entretenía á todo el que estaba á su lado. Estas cualidades la hacían incomparable á los ojos de sus negligentes compañeras, que la consideraban como la notabilidad del arroyo de Fataoua...

XI

PRESENTACIÓN

Serían las doce de la mañana de un día por demás abrasador, cuando ví por primera vez á mi amiguita Rarahu. Las jóvenes tahitianas, acostumbradas á permanecer cerca del arroyo de Fataoua, rendidas por el sueño y el calor, se habían acostado sobre la hierba con los pies dentro del agua, fresca y clara, y yo, al verlas, caí en igual tentación, é hice lo propio, pero ocultándome de ellas. La sombra del espeso follaje nos cubría, descendiendo verticalmente hasta nosotros, inmóvil por la calma que reinaba en la atmósfera; grandes mariposas que parecían de terciopelo negro, marcadas con grandes círculos verdosos, volaban lentamente y se posaban sobre nosotros, como si las sedosas alas fueran demasiado pesadas para moverlas. El aire estaba recargado de un aroma embriagador... Poco á poco me había ido acostumbrando y abandonando á la perezosa vida y á la voluptuosidad, propias de aquel clima, dejándome arrastrar con gusto por los encantos que encierra la Oceanía...

Sentí crujir las hojas secas que cubrían el

suelo hacia el fondo del bosque, y poco después vi aparecer á dos jovencitas de sonriente fisonomía, que miraban á todas partes para cerciorarse de lo solitario de aquel paraje, es decir, para cerciorarse de que no había en él más que las jóvenes que allí concurrían de ordinario. Llevaban en la cabeza coronas, formadas con verdes hojas que las resguardaban del ardiente sol, y cubiertos los riñones con *pareos* (1), hechos con grandes hojas, formando un espeso tejido, que las cubría desde la cintura hasta la mitad del muslo, quedando todo el resto del cuerpo desnudo y permitiendo ver una esbeltez maravillosa. Los largos cabellos, caídos sobre los hombros y las espaldas, las daba cierta gracia particular.

...Ni un solo rasgo europeo se notaba en ellas. Después de elegir sitio, se acostaron debajo de la cascada, que las salpicaba el cuerpo con sus aguas...

La más hermosa de las dos era Rarahu; la otra era Tiahauí, su amiga y confidente...

Pasado gran rato, Tetouara, que se levantaba de su siesta, notó mi presencia allí, y dirigiéndose hacia mí, cogió bruscamente uno de mis brazos, quedando muy sorprendida al ver la manga de paño azul marino, sobre la cual brillaba el dorado de los galones. Levantó en

(1) Taparrabos.

alto el brazo, mostrándoselo á Rarahu y á Tiahauí, con intraducible expresión de burla, que no estaba desprovista de cierto asombro.

Las dos criaturitas, Rarahu y Tiahauí, huyeron después de esto, como los pájaros cuando próximos al fruto que quieren gustar, ven moverse en el árbol el espantajo cuya presencia no habían advertido.

Esta fué nuestra presentación y nuestra primera entrevista...

XII

Las noticias que me dió en seguida acerca de ellas Tetouara, se resumían, poco más ó menos, en esto:

—Son dos muchachas muy tontitas, que no se parecen en nada á las demás, y que, como nosotras, no se ocupan en nada. La vieja Huamahine, que cuida de ellas, es una mujer muy rígida, y las prohíbe reunirse con nosotras.

Tetouara se hubiera alegrado mucho de que aquellas dos jovencitas, en vez de huir, hubiesen familiarizado conmigo. Me instó con el más vivo interés á que lo intentara.

Según me informó, para encontrarlas, cuando lo deseara, no tenía más que seguir la senda de los guayabos y tomar al final de ésta por un caminito, algo dificultoso de atravesar,

que conducía á una balsa más elevada que la primera, y más solitaria también. Allí, decía Tetouara, el arroyo de Fataoua se extiende hasta unas rocas que forman un baño, para dos ó tres personas, que tengan gran intimidad: aquel es el baño particular de Rarahu y de Tiabau; se puede asegurar que allí han pasado casi toda su vida las dos amigas...

El punto indicado por Tetouara, era un rincón tranquilo, en el cual las copas de grandes plantas de mimosas, de guayabos y de delicadas sensitivas, proyectan espesa sombra, que convierte en ameno lugar aquel solitario paraje. El agua, que cae precipitadamente sobre las piedrecitas del fondo, produce un ruido muy agradable; ruido ahogado pronto por las carcajadas de las muchachas, el murmullo de la gran balsa y la voz de carraca de Tetouara...

XIII

.....
—Loti—me decía la reina Pomaré, un mes después, con su gruesa y ronca voz—¿por qué no te casas con la pequeña Rarahu, del distrito de Apiré?... Creo que sería un bien para tí, y que con eso te acostumbrarías más al país...

Estabamos en la galería real cuando me dirigía estas palabras. Yo estaba tendido á la

larga sobre una estera de junco, y tenía en las manos cinco cartas que acababa de darme mi amiga Teria; frente á mí estaba, también medio tendida, mi extraña compañera de juego, la reina, que tenía loca pasión por los naipes.

Vestía traje amarillo con grandes flores negras, y tenía un cigarro en la mano, hecho por ella misma de una sola hoja de *pandanus*. Dos jóvenes, que tenían puestas coronas de jazmines, marcaban nuestros puntos, barajaban los naipes y nos ayudaban con sus consejos, reclinando la cabeza sobre nuestros hombros.

Por fuera caía una lluvia torrencial, de esas tibias y perfumadas que envían las tempestades del estío en aquel país. Las grandes hojas de los cocoteros se doblegaban bajo el peso de las aguas. Las nubes, amontonadas, descubrían un fondo terriblemente sombrío, completando tan fantástico cuadro la negra silueta del monte de Fataoua, que se veía á lo lejos. Las emanaciones de la tempestad que flotaban en el aire, turbaban los sentidos y obscurían la imaginación.....

¡Casarme con la pequeña Rarahu, del distrito de Apiré!... Esta proposición me cogió de improviso, dándome mucho en qué pensar....

.....
No es necesario advertir que la Reina, per-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO R. TEB" 1973

1625 MONTERREY, MEXICO

sona muy inteligente y sensata, no me proponía un casamiento á la europea, que encadena á la persona para toda la vida. No; la reina era muy indulgente con las costumbres fáciles de su reino, aunque se esforzaba cuanto podía en perfeccionarlas, adaptándolas en lo posible á los principios de la religión cristiana.

Era simplemente un casamiento tahitiano, el que me aconsejaba. Yo no tenía ningún motivo serio para oponerme al deseo expresado por la reina, y además la jovencita Rarahu, del distrito de Apiré, era encantadora...

Sin embargo, me excusé alegando mis pocos años y el estar en cierto modo bajo la tutela del almirante del *Reender*, que podía mirar con malos ojos esta unión... Además, un casamiento es cosa muy costosa hasta en Oceanía... Y después, y sobre todo, ¿quién me aseguraba que no tendría que marchar pronto y dejar á la pobre Rarahu llena de desesperación? Esto sería una crueldad; pero crueldad muy probable si me casaba con ella.

Pomaré sonreía á estos razonamientos, de los cuales ninguno había logrado convencerla.

Después de un corto silencio, me propuso á Faimana, una de sus damas de honor. Esta vez rehusé francamente, y sin excusas, la proposición.

Entonces se volvió hacia la princesa Ariitéa, y sonriendo maliciosamente:

—Si te hubiera propuesto á ésta—dijo—quizás no la hubieras rehusado con tanto apresuramiento.

La reina reveló con estas palabras que había adivinado el secreto más profundo y más querido de mi corazón.

¡Amaba, en efecto, á Ariitéa....

Ariitéa bajó los ojos, y un ligero rubor cubrió sus mejillas de color de ámbar. Yo sentí que la sangre se agolpaba tumultuosamente á las mías...

La tempestad seguía á lo lejos en el centro de la montaña, llegando hasta nosotros, como una orquesta que con sus acordes marcara algún pasaje de melodrama...

La reina, satisfecha de su graciosa ocurrencia, reía silenciosamente. Se había aprovechado de mi turbación para herir dos veces al *té Tané* (al hombre), es decir, *al rey*.....

Pomaré, cuyo pasatiempo favorito era, como ya queda dicho, el juego de cartas, no tenía inconveniente en ser fullera hasta cuando se atravesaba dinero, con el almirante y demás compañeros de juego que solían ser los que concurrían á las recepciones oficiales, no ciertamente por lo que pudiera ganar, pues la tenían sin cuidado algunos luises más ó menos, sino porque la alegraba sobremanera el dar cote á sus compañeros de juego.

XIV

Rarahu tenía dos trajes de muselina; uno blanco y el otro de color de rosa, que ponía los días de fiesta por encima del *pareo*, para ir al templo de los misioneros protestantes en Papeete. Ese día peinaba los negros cabellos, formando dos trenzas muy largas y gruesas, y colocaba detrás de la oreja (del mismo lado que los antiguos escribanos ponían la pluma) una flor grande y roja, cuyo color encendido contribuía á que pareciesen más pálidas sus cobrizas mejillas.

Permanecía poco en Papeete después del acto religioso, para esquivar el roce con las demás jóvenes, evitando también el paso por las tiendas de los chinos, tiendas en las cuales se expendía te, café y cervezas, que acudía á apurar mucha gente. Era muy formal Rarahu, y por eso nadie la molestaba. Acompañábala su amiguita Tiahoui, y ambas, cogidas de las manos, volvían á Apiré para desnudarse.

Una sonrisa algo contenida y un mutismo discreto, eran las solas señales de inteligencia que me enviaban las dos amiguitas, cuando por casualidad nos encontrábamos en las alamedas de Papeete.

XV

Habíamos pasado ya muchas horas juntos, Rarahu y yo, en las orillas del arroyo Fataoua, en nuestra sala de baños, bajo los guayabos, cuando Pomaré me hizo la extraña proposición del casamiento. Pomaré sabía todo lo que pasaba en el país, de modo que con esto no se proponía más que mortificarme.

Me resistí y luché largo tiempo, con todas mis fuerzas para no arrastrar á Rarahu en mi caída, y esta situación desesperante se prolongó mucho tiempo. Nos acostábamos sobre la hierba á dormir la siesta y, rodeado mi cuerpo por los brazos de Rarahu, nos dormíamos como dos hermanitos.

Era una comedia infantil la que representábamos; comedia que, á juzgar por las apariencias, nadie hubiera creído tan infantil.

El sentimiento que hizo vacilar á Fausto en el umbral de Margarita, experimentado por una tahitiana, me hubiera causado risa á mí mismo algunos años después, y la burla del estado mayor del *Reender* sería grande si lo hubieran sabido, poniéndome además en ridículo á los ojos de Tetouara.....

.....

Los viejos parientes de Rarahu, á quienes yo temía desolar, tenían acerca de la honra y de la moral, diferentes ideas que las de los europeos, y yo así lo comprendí bien pronto.

Se decían que una joven de catorce años no era ya una niña, y que no había sido creada para permanecer sola.

No se había prostituido en Papeete, y era todo lo que pedían á su honradez.

Juzgaron que valía más Loti que otro cualquiera, porque además de reunir la cualidad de ser joven como ella, tenía un carácter dulce y tranquilo y parecía amarla mucho, y, después de reflexionar acerca de ello, convinieron en que debían casarnos.

John mismo, mi bien amado hermano John, que lo veía todo con repugnancia, si no se regía con rectitud y decoro, y que experimentó una dolorosa sorpresa cuando le contaron mis paseos nocturnos por el jardín de la Reina acompañando á Faimana, estuvo muy indulgente con Rarahu; admiraba su infantil candor y la grande afición que me tenía. Estaba dispuesto á perdonárselo todo á su hermano Enrique cuando se trataba de ella.....

Al proponerme la reina el casamiento con Rarahu, del distrito de Apiré, sabía que ese casamiento tahitiano no podía ser entre nosotros más que una formalidad...

XVI

COSAS DE PALACIO

Ariifaité, rey consorte, desempeñaba como político, un papel nulo en su Corte.

La reina, que quería dar á los tahitianos descendencia real perfeccionada, eligió para esposo á este hombre por ser el más alto y la figura más arrogante del reino. Aunque viejo ya y con los cabellos blancos, tenía aún majestuosa presencia y noble y severa fisonomía.

Era casi insociable, y se obstinaba en no querer vestirse como su rango exigía. El simple *pareo* tahitiano le parecía suficiente, y no pudo nunca acostumbrarse á vestir de negro, que era el traje de rúbrica de aquellos príncipes y reyes.

Mientras más envejecía, más rehacio se mostraba en dejar sus antiguas costumbres.

Los hijos habidos en su matrimonio parecían verdaderos gigantes; pero todos morían del mismo mal, sin que pudiera encontrarse remedio para ellos, como esas grandes plantas tropicales que nacen fuera de estación y mueren irremisiblemente en el otoño.

Todos morían tísicos, y la reina les veía desaparecer uno tras otro, con indescriptible dolor. El mayor, Tamatoa, tuvo de la hermosa reina Moé, su esposa, una linda princesita, presunta heredera del trono de Tahiti: la pequeña Pomaré V, á quien su abuela Pomaré IV amaba con delirio.

Esta niña, que en 1872 tenía seis años, dejaba traslucir ya la enfermedad hereditaria, y más de una vez los ojos de su abuela se llenaban de lágrimas al mirarla.

Esta enfermedad prevista y la certeza de una muerte prematura, daban cierto encanto á la angelical niña, á la última Pomaré, y última heredera del trono del archipiélago tahitiano. Estaba tan mimada y era tan caprichosa, como fácilmente se comprenderá tratándose de una princesita enferma y que nunca había sido contrariada en sus caprichos. El cariño que mostraba tenerme había contribuído mucho al afecto con que la reina me distinguía...

XVII

Para aprender á hablar el idioma de Rarahu y poder comprender sus pensamientos, aun los más profundos, resolví aprender con perfección la lengua *maorí*.

Fuí un día á Papeete, en donde adquirí el diccionario de los hermanos Picpus, viejo y pequeño libro, del cual no habían tirado más que una edición, agotada ya de tal manera, que costaba un triunfo encontrar un ejemplar, aun pagándolo á peso de oro.

Este librito abrió ante mí un horizonte de extrañas perspectivas, de costumbres polinesianas; un mundo inexplorado de ensueños y de estudios.

XVIII

Lo primero que ví al abrirlo, fué una gran cantidad de palabras místicas de la antigua religión *maorí*; palabras tristes, aterradoras, in traducibles, que expresan allí el terror vago de la noche, el misterioso ruido de la naturaleza, los sueños apenas comprensibles de la imaginación

Se leía en primer término: *Taaroa*, el Dios superior de las religiones polinesianas.

Las diosas: *Ruahine tahua*, diosas de las artes y de la oración.

Ruahine auna. Diosa de la soledad.

Ruahine Faaipu. Diosa de la franqueza.

Ruahine Nihonihororoa. Diosa de la discordia y del asesinato.